

Cuarto Domingo del Tiempo Ordinario (Año A)

Busquen, busquen, busquen...

Las lecturas de este 4o domingo ordinario nos invitan a convertirnos.

Tenemos de entrada la llamada del profeta Sofonías. Quien acaba de denunciar la violencia y los fraudes de los altos funcionarios, el escándalo y las injusticias de todo tipo. Son muchos los que rechazan al Señor y se vuelven hacia las divinidades paganas. Cuando uno se deja llevar por la injusticia y la mentira, se corre tras la desgracia. Es lo que le pasó al pueblo de Israel, quien termina viéndose exiliado en tierra extranjera.

Pero no todo está perdido: El Señor va a poder apoyarse en aquellos que lo buscan con justicia y humildad. Estos humildes que confían en el Señor no son numerosos; no pudiéndose apoyar en medios humanos, ponen toda su confianza en Dios. Ahora, en su momento, Dios los va a congregar; ellos vivirán en la justicia y la verdad, encontrando finalmente el reposo y la seguridad. Toda la Biblia nos habla de un Dios que ha visto la miseria de su pueblo y que quiere salvarlo.

En la segunda lectura, San Pablo se dirige a los cristianos de Corinto. En esta ciudad, se encuentra una minoría de intelectuales y de comerciantes, pero también una fuerte mayoría de empleados y de esclavos. Pablo vivió allí durante 18 meses enseñando el evangelio. Pero al igual que Sofonías y otros profetas, y como Jesús ha podido constatar que los que se dejan entusiasmar por la Buena Noticia del evangelio son las personas sencillas; que han comprendido que el dinero y el poder no los pueden salvar. Ellos ponen toda su confianza en el loco amor de Dios por todos los hombres. Sólo Él puede salvarles.

Estas dos lecturas nos preparan para acoger el mensaje del evangelio de las bienaventuranzas. Vemos a Jesús dirigiendo su mensaje a los pobres, a aquellos que están sedientos de justicia, a los de corazón puro, a los artesanos de paz, a aquellos que son perseguidos. La situación tanto de unos como de otros no corresponde ya más a la idea que nosotros tenemos de bienestar o felicidad. El mundo pone por delante la felicidad de los ricos y los poderosos. Pero mirando más de cerca, vemos bien que sus riquezas y su poder no pueden llenarles verdaderamente.

Hoy, Cristo nos habla de la felicidad de los pobres, de los leprosos, de los excluidos. Su encuentro con ella es la gran oportunidad de su vida y de la nuestra. La fuente de nuestra alegría y felicidad es el Reino de Dios. Nosotros estamos lejos de los valores vehiculados por la sociedad dominante de hoy, de sus dictadores aprendices y de sus lemas publicitarios. Todos nos dicen: *"sean los más fuertes"...o "los más bellos"..."lleguen a ser escandalosamente ricos..."* Recordemos lo que nos dice san Pablo: *"Lo débil del mundo, Dios lo ha escogido para confundir a los más fuertes"*.

"Felices los pobres de corazón, los mansos, los que lloran, los de corazón puro, los misericordiosos, aquellos que son perseguidos..." En efecto, Jesús no hace más que dibujar su propio retrato: cuando Dios se encarna, desde el pesebre hasta la cruz, él es el pobre, el manso, el misericordioso; él llora con la viuda de Naím y las hermanas de su amigo Lázaro; Él es el artesano de la paz con los leprosos, los publicanos, Nicodemo y la samaritana. Él es como el cordero en medio de lobos, perseguido hasta la muerte y crucificado en medio de bandidos.

La Biblia francesa de Chouraqui (1) ha traducido esta palabra "bienaventurado" por "hacia adelante". Es un llamado para los pobres, los pequeños, los perseguidos a levantarse y a ponerse en marcha tras los pasos de Cristo. Es en Él y con Él que encontraremos la verdadera felicidad. Mismo cuando todo va mal, Él está con nosotros. Él viene a inundar nuestro ser con su espíritu y a llenarnos de su alegría. Su presencia y su amor nos hacen felices.

Esta felicidad que encontramos en Dios, hemos de comunicarla a aquellos que nos rodean, y para ello Cristo nos necesita. El Evangelio es una luz que necesariamente debemos transmitir a todos aquellos que nos rodean, en particular a todos los afligidos. El Señor nos envía a todos a ser los testigos de su amor por todo el mundo. Es para esta misión que nos reunimos en Iglesia, y para fortalecernos necesitamos alimentarnos de la palabra de Cristo y de su Eucaristía. Seamos en todas partes los testigos de la Buena Nueva de este domingo. ¡Amén!

(1) Se refiere André Chouraqui,(1917.2007), abogado, pensador, escritor y político [franco-israelí](#)¹ conocido por una traducción de la [Biblia](#) en [lengua francesa](#), de los [años 1970](#), que publicaría en [1987](#). También hizo una traducción del [Corán](#) publicada en [1990](#).